

«HORA DE ESPAÑA»

EL NUMERO PERDIDO

La editorial alemana Detlev Auvermann, a la que se debe la reimpresión de los veintidós números de Hora de España publicados entre enero de 1937 (Valencia) y octubre de 1938 (Barcelona), reproduce ahora el número XXIII y último de la revista, que ya no había llegado a distribuirse. Figuran en ese número textos de Antonio Machado, César Vallejo, Arturo Serrano Pla, Juan Marinello, J. J. Domenchina, Ernestina de Cham-pourcín, María Zambrano, Octavio Paz, José Bergamín, Javier de Winthuysen, Luis Capdevila, Vicente Salas Viu y Antonio Sánchez Barbudo. Importa señalar entre esos textos el bellissimo Mairena póstumo, quizá el último escrito de Antonio Machado, y los poemas, realmente póstumos, de España, aparte de mi este cáliz, de César Vallejo, que por vez primera se imprimían. Reaparece el número XXIII de Hora de España, en ésta que sería en rigor su primera salida pública, con una introducción de María Zambrano, quien entonces lo había preparado y dirigido. Lleva esta introducción —de la que aquí se adelanta un extenso fragmento— el inconfundible sello de su autora, esa singular figura del pensamiento español en la que tanto parecen cumplirse siempre las palabras por ella misma escritas: El autor entre todos es el poeta, y el filósofo también, mas en oficio de poeta.

A PARECE ahora a la luz el número final de «Hora de España», correspondiente a noviembre de 1938. Acabado de imprimir en enero del 39, quedó encerrado dentro de la imprenta. Cuando fueron algunas personas a recoger al menos algún ejemplar, se encontraron ante una puerta herméticamente cerrada. Enterrada viva, pues, se quedó esta «Hora...», librada a esa especie de dios desconocido que es el futuro en ciertas situaciones. Bajo esa misma sombría luz íbamos camino de la frontera quienes la habíamos servido; entre todos, juntamente con todos, bajo un cielo impenetrable, sintiendo que la tierra nos abandonaba, ya que no podía seguirnos. Sólo de ella podíamos llevarnos el aliento, el espíritu. Su cuerpo quedaba allí, herido.

Algo de este número final de «Hora de España» iba conmigo. Por una especie de inspiración había retirado un juego de pruebas de imprenta del «Mairena póstumo», de Machado, solamente aquellas. Y de mis papeles recogí pocos, entre ellos unas hojas de papel timbrado de «Hora de España», donde había comenzado un escrito bajo el título «San Juan de la Cruz. Noche oscura», acabado ya en México con el título «San Juan de la Cruz, de la noche oscura a la más clara mística», publicado en «Sur» —Buenos Aires—, y que, sin duda, lo habría sido en «Hora de España» de haber tenido ocasión. Muy diverso destino sufrieron las pruebas de «Mairena». Contenían un don inapreciable para mí. Un capitulito estaba dedicado a mi padre, en su muerte aún palpitante. Poco después, al morir Antonio Machado, se acrecentó el significado y el valor de tal tesoro, que a todos pertenecía. Ya que se trataba de la última palabra dada del poeta Antonio Machado. Y las que a mí más importaban eran para todos también, ya que la muerte del padre recogida por el poeta tiene sentido universal. Y no deja de ofrecer un especial significado el que aparezca en ese momento final.

Y a ese momento final llegó «Hora de España», en verdad, trascendiéndolo, lo que hasta «materialmente» resplandece en el hecho de haber quedado enterrada viva, tras una puerta cerrada herméticamente. Debieron de quedar en la Redacción algunos originales para números sucesivos, correspondencia, cuentas. Nada de ello era secreto, nada había que ocultar.

La guerra no había llegado a su fin ciertamente con la total caída de Cataluña y el éxodo en que parecía que España entera se fuera vaciando. Quedaba Madrid y la faja no tan ancha de tierra que llegaba hasta Levante. Y a Madrid está dedicado el editorial de este número final «Hora de España» que allí quedaba.

Y que allí quedaba Madrid lo sabíamos, lo vivíamos y lo moríamos todos: Mas de diversa manera, según tuve el privilegio de saber de inmediato. Pasada junto con mi familia la última de aquellas noches en España, en un cuarto de hotel que acababa de transformarse en hospital, a través de la puerta cerrada, mas que permitía oír, toda la noche oíamos cantar a media voz a unos soldados —o tenientes, o capitanes— una misma canción que bien se avenía con las pocas palabras que en tono más intenso y hondo pronunciaron repetidamente: «Y nos pondrán barcos o estarán ya puestos para llevarnos a Alicante y de allí a defender Madrid». No sabían que el presente había terminado, que estábamos todos bajo la sombría luz del dios desconocido: el futuro. Sólo por ese seguir viviendo el presente mostraban su inocencia, esa inocencia que selló desde un principio a los que participamos, de una o de otra manera, en esa guerra no buscada, sino simplemente aceptada.

Y ahora despertábamos viendo a los que en la inocencia seguían. Y por ello, a todos aquellos a quien este despertar llegaba, se les aparecía a pocos pasos la inmensidad de un planeta desconocido que ni la muerte que resonaba arriba, y su rumor en los campos, hacía reconocible. La «hora» acababa. El tiempo huía dejando únicamente un filo para el traspaso, para que se cumpliera el imperativo de salir de esa hora de presente para caer en el futuro desconocido, en su inmensidad inabarcable.

Era estrecho el sitio por donde había que pasar la frontera, sin puerta alguna era estrecho, y de uno en uno había que pasarlo.

María Zambrano

Delante de mí descubrí en un instante, como si llegara de algún remoto y nunca visto lugar, un hombre, campesino o no, un hombre, llevando sobre sus espaldas un cordero blanco del que se sentía el aliento, y la mirada sobre el rostro de quien le seguía, por un breve instante. Mas miraba a todo lo que atrás venía con un reflejo de misericordia, y el horizonte que quedaba y la tierra apenas visible. Miraba y se miraba. El podía mirarse en aquella procesión no muchas horas, sin duda, antes de convertirse en alimento.

Ha vuelto a aparecer «Hora de España» en todos sus números por virtud de la hermosa iniciativa llevada a cabo por la Editorial Detlev Auvermann. Seguía aún oculta esta «Hora...» XXIII que aho-

HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

XXIII

SUMARIO:

TRABAJOS DE ANTONIO MACHADO, CÉSAR VALLEJO, JUAN MARINELLO, JUAN JOSÉ DOMENCHINA, ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN, MARÍA ZAMBRANO, OCTAVIO PAZ, JOSÉ BERGAMÍN, JAVIER DE WINTHUYSEN, LUIS CAPDEVILA, VICENTE SALAS VIU, NOVELA, POR A. SÁNCHEZ BARBUDO.



Vitetas de Ramon Gaya.—Barcelona, Noviembre, 1938.



HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

APARTADO DE CORREOS 597. — BARCELONA

CONSEJO DE COLABORACIÓN

LEÓN FELIPE. JOSÉ MORENO VILLA.
ANGEL FERRANT. ANTONIO MACHADO.
JOSÉ BERGAMÍN. T. NAVARRO TOMÁS.
JOAQUÍN XIRAU. JOSÉ F. MONTESINOS.
PEDRO BOSCH GIMFERA. BENJAMÍN
JARNÉS. RODOLFO HALFFTER. AL-
BERTO JOSÉ GAOS. DÁMASO ALONSO.
LUIS LACASA. ENRIQUE DÍEZ CANEDO.
LUIS CERNUDA. CORPUS BARGA. JUAN
JOSÉ DOMENCHINA. CARLES
RIBA. JUAN DE LA ENCINA

COMITÉ DIRECTIVO: RAFAEL ALBERTI. MARÍA ZAMBRANO
JOSÉ M. QUIROGA PLA Y EMILIO PRADOS

REDACCIÓN: M. ALTOLAQUIRRE. RAFAEL DIESTE. A. SÁNCHEZ BARBUDO
J. OIL-ALBERT. R. GATA. A. SERRANO PLA. J. ANOEL GAOS. E. CASAL CHAPÍ

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 24 PTAS
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAÍSES, 36 PEBETAS

Para la correspondencia literaria dirigirse a Emilio Prados
y para la Administrativa a Antonio Miguel

ra sale a luz. Se impone, ante todo, su cuerpo, aun en las hojas de la rígida fotocopia. Esta «Hora...» separada de todas las anteriores que han aparecido nuevamente lleva en sí misma la presencia total: es una, única. Se había quedado encerrada, y ahora sale arrastrando consigo el vaho del encierro y el aliento suyo, suyo ya. Un aliento que nos es imposible reconocer como dado por quienes la servimos. No nos pertenece ya, ahora lo recibimos.

Está viva, pues, «Hora de España»: su unidad aparece desde el principio hasta el final, hubiera continuado si la guerra siguiera, y por igual si la paz de España nos es dada. Nacida en la guerra, no era de guerra. Era otra cosa. Y esta otra cosa, que tan inmediatamente se percibe al verla, surgió entonces no porque la ocasión le fuera favorable —aunque lo fuera—, sino porque era el momento en que no podía dejar de surgir, porque era inexorable que surgiera mejor o peor, como sucede en los momentos verdaderamente históricos, cuando lo que se está gestando ha de nacer inaplazablemente. Momentos verdaderamente históricos que revelan cada ser que por ellos es tocado, y a la Historia misma que deja ver transparentemente sus entrañas. Las zonas de la mente, los estratos que forman la llamada subconsciencia y la inconsciencia misma, se dan a ver y no sólo a sentir.

Y lo que de un modo privilegiado da a ver ante todo «Hora de España» es la creencia de que la suerte del pueblo y la suerte del pensamiento eran una y la misma en España. Al mismo tiempo que se reencendía la lucha, su sentido universal se manifestaba. Y el pensamiento se sentía a sí mismo en trance decisivo. Y así, a España se le llamaba «patria», nuestra por amor y decreto del destino. Y patria al par de todo hombre, del hombre, como se pudo ver en seguida.

Y en seguida también se pudo ver lo que ello comportaba. La comprensión de estos momentos históricos, que si lo son es porque al par son infrahistóricos y suprahistóricos, puede verificarse de dos maneras. Una, por recepción inmediata, por simpatía, ahora como entonces, en el caso de «Hora de España»: «Sólo quienes nos aman nos acompañan», editorial del segundo aniversario del estallido de la guerra civil. La otra actitud es la de plantearse el

«problema», lo que significa analizar hasta la pulverización la presencia diáfana, tal como el niño hace cuando machaca la bola de cristal irisada para ver qué tiene «dentro». Actitud que acusa la incapacidad de la mente para recibir cualquier revelación por humana que sea y la inconsciente oposición a todo aquello que surge e nace. Toda realidad ha de ser pulverizada para ser reconstruida después por la inteligencia, movida por la desconfianza. La sospecha preside este modo de mirada. Ninguna explicación aplica esta desconfianza: «Algo no se dice». Lo inflexible no está tenido en cuenta, lo más de la belleza y del amor que se envuelve en el silencio. Y si por un momento asoma sin remedio, entonces «no sería así». Y así, todo lo que sigue va dirigido a los que con la mente, por el afán irrenunciable de conocimiento —de objetividad—, están dispuestos a ver lo que está a la vista y a entenderlo. Ya que el hombre, especialmente el occidental, ha de encontrar razones para creer lo que ve.

No aparece en la historia de España, ni tampoco en la de ningún otro país occidental, la creencia que hemos señalado como fundamental. Para el sabio, para el humanista o «ilustrado», para el intelectual desde que esta denominación entró en curso, no ha sido tan evidente que el destino del pensamiento estuviese unido al del pueblo. Y menos todavía si se les considera como grupo o clase. La simpatía o el inclinarse ante la razón histórica que el pueblo puede tener no llega a esta creencia que identifica el destino del pueblo y el de la razón. Y ni tan siquiera ha sido así cuando el pueblo se identifica con la independencia nacional, como en España frente a la invasión napoleónica. La figura de Larra apareció así en estas páginas como víctima lúcida de aquella su visión de una España-cementerio de la esperanza. En el número III se publica su admirable caracterización del «Faccioso». Rosa Chacel, en el mismo número, descubre lo que faltaba entonces: «La voluntad de amor que lleve de unos a otros el polen, que confunda y revuelva la mezcla germinadora». Y en el volumen III, página 17, viene el texto de la conferencia que sobre Larra diera en Valencia, en aquel su centenario, José Bergamín. Sólo las preguntas que al inicio formula revelan ya la diferencia de nuestra situación: «Al cabo de cien años, el bien y el mal de España, ¿duran todavía? ¿O estamos más allá de aquel bien y de aquel mal que Larra subrayara irónicamente con la sombra de su palabra?».

Sobre esta creencia «unitiva» y sobre algunos aspectos de la revisión que implica la idea de la cultura y del pueblo, unida o separadamente, el lector encontrará ensayos, poemas, testimonios de una gran riqueza y aún divergentes a partir de la unidad inicial. No es cosa de señalarlos todos. Pues que estas páginas no pretenden ser una reseña de la colección de «Hora de España», tan sólo aspiran a señalar lo esencial de aquella hora tal como fue vivida y tal como se manifiesta.

Sería un tema para los que se inclinan sobre la historia verdadera, para estudiar e investigar con sensibilidad y objetividad implacable la marcha ascendente de esta fe que da plenamente la cara en ese instante. Venía de inmediato y de lejos. ¿Desde cuándo y desde dónde? Quizá se la pueda rastrear en lugares inesperados. De inmediato aparece en algunas páginas de Ortega y Gasset, en muchas de Miguel de Unamuno, en Antonio Machado y en todos los de la llamada generación del 98. En verdad, más todavía que de una generación, se trata de un momento histórico en que la conciencia y el sentir de los españoles se abren hacia fuera y hacia dentro. Se abría el horizonte a medida que se ahondaba la visión de los propios tesoros yacientes en olvido y menosprecio. Una historia esta que alguien o algunos deberían salvar en toda su extensión. Y clamando está por ser conocido el sentir y el pensamiento religioso en poetas y pensadores laicos, acatólicos y heterodoxos.

Sería revelador el hacer simplemente una antología de oraciones diseminadas en estos autores, por ejemplo: «Y tú, Señor, por quien todos vemos y que ves las almas, dinos si todos un día hemos de verte la cara», de Antonio Machado. Y hasta el título de «Versos y oraciones de caminante», de León Felipe. Y en Enrique de Mesa, cuya poesía toda puede ser considerada como una oración libre de tintura romántica. Y en tantos otros, tantos que habría más bien que señalar las excepciones. Temas sí, los dos, para objetivos apasionados investigadores.

Y solamente nos queda a nosotros aquí el indicar que la creencia primeramente señalada no puede ser independiente del «fenómeno» del pensamiento y del sentir religioso y poético sobre todo. Y que este sentir y pensar, esta fe en que la suerte del pensamiento y del pueblo que se manifiesta privilegiadamente en «Hora de España, no podía entrañar el «sacrificio del pensamiento a la causa del pueblo», ni tan siquiera que el pensamiento se pusiera «Al servicio de la causa popular», según reza el lema de la revista, mas que justamente de este modo: sabiendo, creyendo que la cabeza del hombre que piensa no tenía que ser depositada al pie del ídolo-pueblo ni de la «hora de la masa», caprichosa y danzante Salomé, que bien puede ser uno de los símbolos de la humana historia cuando pide nada menos que la cabeza del Precursor. Aquella nuestra hora nada tenía de ménade caprichosa. Inevitable y dolorosamente, porque de asunto humano se trata, algo de ménade furiosa, ávida, hubo en ella para oscurecerla. Mas era eso, es eso, la ménade caprichosa ávida de sangre, el horror del crimen siempre al acecho en la humana condición. Ningún ídolo presidió nues-

EL NUMERO PERDIDO

tra alma, nuestra mente. No fuimos, claro aparece, idólatras. La diaphanidad se imponía. Tardamos algún tiempo en saber que era ella la que había llegado causando un cambio en nuestra visión de la luz, hasta de la física —si la luz que se vive es física sólo alguna vez—. La visibilidad en que se nos aparecían los sucesos y los seres los penetraba, descendía hasta el abismo de su fondo.

Y cesó así la diferencia entre fondo y apariencia que escinde la realidad. No había que profundizar. Lo profundo se presentaba como por sí mismo, mientras las apariencias se hundían hasta desaparecer. Fue una irrupción de claridad al principio que exigía una gran resistencia para mantener el equilibrio, como sucede siempre que una verdad de la vida llega. Nunca se está preparado para ella, por mucho que se la haya invocado y buscado. La conciencia, vigía del equilibrio, deja pasar la verdad a medias, aun en aquel que la ama. Pestañea la conciencia y aún entorna sus ojos ante la verdad que llega surgiendo de las entrañas de la Historia, divina e infernal a un tiempo.

Infernal y divina era la presencia de aquello que no se sabía aún lo que era; entre otras cosas, porque no se sabía lo que iba a ser. El suceso era de curso imprevisible, y en tal vicisitud sólo cabe el aniquilamiento moral en cualquiera de las múltiples formas que puede tomar. O un acto de fe que surge, como ha surgido la verdad que lo despierta, por sí mismo, confundiendo con ella, un acto de fe que es verdad a su vez y que completa, redondea la verdad que se presenta. Un despertar de la fe más allá de la razón, que la razón irá encauzando luego. Y mientras se encauza, la fe flotando sola espera. Parece que sea signo de la fe el no exasperarse ni desesperanzarse por acuciada que se vea, por suelta que vaya, como un delirio.

Mas la fe había nacido en algunas creencias que estaban ahí manifiestas o subyacentes como animales mansos que ofrecen, antes que su cuerpo, su aliento a la fe y al amor que nacen, animando con el fuego de la tierra su nacimiento a la intemperie, tan cruda en este caso.

Y así alentada fue ganando la conciencia de aquella hora la impavidez necesaria para mantener el punto de equilibrio ante el doble espanto, ante la realidad infernal y la verdad, y permitir así que se abriera un camino en su inmensidad. El camino que nos conducía no hacia el futuro, sino hacia el presente, dilatado por la verdad real que no ha sido esquivada por la aceptación total que borra el futuro, pues que lo ha absorbido, extrayendo de él su condición de ser incalculable y aceptándolo. Y así, la diaphanidad sucedió al deslumbramiento, a la primitiva ofuscación, en la calma que adviene cuando se ha renunciado a todo cálculo. En la quietud del centro que al fin se entreabrió, tal como si el tiempo del presente estuviese de solito oculto por el afán del futuro y la lucha con el pasado. Ya que el presente es el tiempo de la paz. Y, por tanto, de la inocencia.

Nació «Hora de España» en Valencia al medio año de «aquello» que irrumpió en España el 18 de julio de 1936, y que no tan de inmediato se nos dio a conocer como guerra civil. No lo sabíamos. El inicial acto de ley y de entrega sin reservas había tenido ya lugar, y había atravesado la primera y decisiva prueba. Y sólo entonces, tras de haber atravesado lo imposible, podía surgir en los escritores más jóvenes, mas no propiamente noveles, la idea que fue seguida de inmediata realización.

Las palabras preliminares del primer número de «Hora de España» constituyen su acta de nacimiento. Hay que dar la palabra adecuada a la hora, el grito no basta. La palabra que nace en la libertad, en la serenidad de una fe sometida a la prueba de atravesar algo imposible, al pie de la montaña que al fin se mueve. Había que pasar del grito a la palabra para hacerse entender por aquellos que desde afuera nos miraban. Sin duda que tal cosa fue creída por los fundadores. Mas suena con un dejo de ser una de esas justificaciones con que se sostiene lo que nace de lo hondo de una inspiración. Ya que el intelectual ha de explicarlo todo. Y luego, un cierto pudor en que la inspiración más honda y más libre a un tiempo se envuelve. Y ese recato del voto que quiere ser cumplido antes que anunciado. Y que sólo ahora al verlo cumplido fielmente hasta el último instante se nos da a conocer. De todo ello se desprende una invulnerable elegancia moral. Y así, con toda toda sencillez se señala la hora, la del alba. Y cómo es la hora del alba. «Nuestros actos serán levantarnos, asearnos, agarrar las herramientas y empezar la tarea de esta hora. Y todas estas operaciones irán teñidas forzosamente del color de la luz que hay y del frío del amanecer...». Era, pues, la del alba, y siguió siendo hasta que fue arrojada al ocaso y a la negrura de la noche. Mas el alba tiene eso, que si ha sido, no se borra. El alba es indeleble.

Tiempo y luz están señalados en estas simples palabras que abren «Hora de España». Y sin propósito alguno, ni tan siquiera conciencia de ello, todos los editoriales seguirán fieles al tiempo y matizados por la luz, ya que en el alba se dan tantas modulaciones de la luz hasta que llega la aurora. La hora de España fue esa que va desde el alba indecisa, inerte como una diosa naciente, hasta el rosado de la aurora que se torna en incendio y que se vierte en sangre.

En el número XXII aparece el poema de perfección rara «Ama-

necer», precedido de «Cotidiana agonía», de Emilio Prados, y en el XX, «Destino fiel». Y fue así la fidelidad a esta hora de amanecer la ley única que rigió a todos. No hubo programa alguno, y si alguno llegó a asomar estaba por esa fidelidad regido.

Resulta obvio que una tal fidelidad no pudo ser exclusiva de «Hora de España». Que de ser así, la existencia misma de la revista no hubiera sido posible y ni tan siquiera pensable. Y la continuidad lograda a través de todos sus números la confieren un rostro, una figura. El número XXIII, por su distinta suerte, verifica el propósito inicial, lo sella. No sé si quienes la fundaron, Rafael Dieste, Antonio Sánchez Barbudo, Ramón Gaya y Juan Gil Albert, asistidos por Manuel Altolaguirre, poeta-impresor, tuvieron la clara conciencia de que fundaban algo, de que el mandato de esa hora era el de fundar, y no solamente el de comparecer o ir dando, según se pueda, lo que de específico puede dar el escritor: su palabra. Habría sido ya grande cosa. Pero en «Hora de España» hay algo más. Lo hay, sin duda, también ese más en otras revistas, algunas consideradas por los fundadores como cercanas y diferentes, tal como «Nueva Cultura» y «Madrid». Acerca de la primera puede leerse la nota de Ramón Gaya (volumen I, página 300), y en cuanto a «Madrid», la de S. B. en el mismo volumen, página 297. El número segundo de «Madrid» está comentado por Gaya muy agudamente en el volumen II, página 172, y por mí misma, el número III, en el que claro queda que la moral intelectual era la misma. Mas aun así, se trataba de algo diferente, pues que en verdad esta revista solamente mostraba la continuidad de la labor intelectual en todos sus diversos órdenes en medio de la guerra —los mismos que seguían haciendo lo mismo—. No me impidió escribir esta nota el hecho de haber sido quien cuidó de «Madrid» cuando se ausentó, camino de México, don Enrique Díez Canedo, pues que no creí haber puesto nada de mí cuenta, aun pidiendo originales y ordenándolos. No creo que mi nombre figurase en la revista, y no di original alguno mío por considerar, sin duda, que los de otras personas serían de mayor interés.

¿De dónde provenía, pues, la singularidad de «Hora de España»? Que sea ella la que revele, con su nada imponente presencia, con su ligereza misma y su temblor de cosa viva, el suceso múltiple y uno de aquella hora parece fuera de duda. Creo que por lo ya enunciado: obedecer hasta el final al mandato de la luz y del tiempo. Lo que es moral, sin duda, mas también, y antes aún, faina poética, religiosa, política. Revelación, por tanto, del suceso total. Aunque sea obvio que no perfectamente. Porque nada humano, etcétera, etcétera... y sobre todo, porque en ciertos apretados trances de la vida colectiva o individual, la proposición de lo perfecto no tiene gran sentido. Sería, en cambio, necesaria la *santidad*, o por lo menos, la *santificación* progresiva. Y pido perdón al lector a quien esta expresión de santidad sobresalte, tanto si es de izquierdas o de derechas, inveteradas o subsistentes; lo nuestro era otra cosa. Y le tranquilizo a este eventual lector acerca de que el «ideal» de la santidad no acudió a nuestras mentes, aunque anidara, sin duda, en el secreto fondo de algunos de los que por allí andaban, dentro o fuera del territorio martirizado de España. Nadie lo propuso, que yo sepa, ni lo declaró. Había pudor, y no sólo ante los demás. Y nadie usaba la palabra «santa» o «santidad» refiriéndose a ninguna acción ni pasión nuestra, comprendida la de la guerra, naturalmente. La actitud era esa ya señalada, la de remitirse a la verdad a través de la tantas veces espantosa realidad. Lo que es sostener palabra dada en libertad.

Y la palabra en estado naciente manifestaba no sólo aquello que decía o daba a entender, sino, ante todo, aquella condición de la palabra que es darse; su condición trascendente. Renacía la fe en la palabra, y aunque se expresaran dudas o un examen crítico, testimoniaban igualmente la fe en la palabra. Y se la sentía y se la amaba como a un ser, a un ser en trance de vida y muerte, que puede ser herido. Y su limitación dolía como la del hombre mismo en cuyo pecho anida: «Nocturno», de Rafael Alberti (volumen V, página 239), dice del imposible de la palabra para expresar lo que quisiera y el sentir la herida de muerte en lo hondo de la noche oscura.

Y así, todo lo que se escribía en verdad viene a inscribirse dentro de la conciencia poética, brotaba de ella, fuese cual fuese el género literario en que se vertiera, sin que por ello quedase borrada la diferencia entre los establecidos géneros. Algunos echábamos de menos un género literario nuevo que trascendiese las diferencias en una unidad desplegada en múltiples dimensiones. Queríamos una dimensión más, ya que la presencia del hombre tanto se acercaba a su ser entero. Y este hombre entero que se mostraba pedía un autor. Y el autor entre todos es el poeta, y el filósofo también, mas en oficio de poeta. ¿Y el poeta no necesitaría ser filósofo o crítico y recoger la Historia, y el novelista, poeta también y crítico, y todos, ante todo esto, seres a la altura de la humana condición? Se trataba, pues, en cuanto al suceso, de una revelación de la condición humana en todas sus dimensiones, también en la del mal, en la de la traición, en la del crimen, esa sombra oscura que hasta ahora la presencia del hombre no ha dejado de proyectar sobre la Tierra, sobre la vida, y que cuando se releva lo más luminoso, el amor que aspira a no tener sombra

ENSAYOS POESÍA CRÍTICA



AL SERVICIO DE LA CAUSA POPULAR.

y la fe que nace inocentemente, acecha para impedir, o a lo menos para empañar, su presencia. Mas nunca allí la «sombra» fue aceptada como «natural o inevitable», ni menos aún fue erigida en ley, por transitoria que fuese.

No es cosa de abordar aquí el estudio del porqué parece la conciencia poética la más adecuada para dar cuenta de esta especie de revelación del hombre. Y el hecho de que sea riqueza tanta, y aun de lograda perfección en algunos poemas, tampoco daría por entero razón de ello. Había poetas más que nada en aquella hora. De no ser así, hubieran tenido que surgir forzosamente.

Mas en los ensayos se persigue la misma doble finalidad, pues que el ímán era el mismo. Una doble finalidad, crítica de la cultura que se nos había entregado, que ciertamente no empezaba entonces, mas sí puede decirse que empezaba bajo otra luz y con más hondo empeño de que el pensamiento fuera un alimento. Y la crítica de la cultura occidental aparecía en función de hacer visible al ser humano, su protagonista, actor y sufridor en libertad. «La conquista de la objetividad» que Joaquín Xirau ofrece, límpida y apasionadamente lo ejemplifica. Julián Marías muestra agudamente el proceso de «La pérdida de Dios» (volumen V, página 259), que hacía aún más evidente su recuperación por el padecer activo de los hombres allí. Y en otros ensayos y en testimonios, relatos, notas incluso, el pensamiento se daba, se da, como crítica a la búsqueda de la integridad humana y de la razón entrañable de la Historia.

La otra finalidad del ejercicio del pensamiento se nos aparece que sea la de la clarificación del suceso que se vive, la determinación del «lugar», la aprehensión del destino y la liberación del destino mismo —al menos de su intento—. En «Desde la soledad de España (Sobre la vida y el espíritu)» (volumen III, página 211), Rafael Dieste ofrece una diáfana y honda meditación sobre el destino y el ser de España: «El destino español está fuera de vida cotidiana, fuera de costumbre, en trance de albedrío, decidido y suspenso, traspasado de luz y diáfano de muerte (...). ¿Cómo podría España en ese tránsito, en pleno océano de su verdad, ser costumbrista, querer volver a confinarse en cáscaras con pretensiones de armadura, si está muriendo de amor a su palabra, a la que quiere dar?». Con ciencia lúcida del alto e irrenunciable destino sostenido con la palabra nacida del amor y dada en prenda, ella misma «en trance de albedrío».

En el final de «Mariana Pineda», de Federico García Lorca, suenan como si dichas hubieran sido en aquella hora las palabras dadas también: «Libertad de lo alto, libertad verdadera... Amor, amor, amor y eternas soledades».

Y al fin, la historia dejó caer su máscara, y aun la guerra misma,

y aun la revolución si la hubiera habido, o en la medida en que la hubo para dejar ver ya diáfano aquello que se celaba en «La causa popular» y en la del pensamiento unidas y que era la vocación del hombre, la vocación de ser hombre en libertad y obediencia, conjugadas sin que declinen. Y hasta ahora, en la historia conocida, no se ha revelado nunca sin sacrificio, en el sacrificio.

Y como de la vocación del hombre se trataba, no podía faltar la presencia allí mismo dentro del lugar del sacrificio, de tantos hombres nacidos y crecidos en otros lugares que apenas conocían nuestro idioma. Y también la mirada clarividente desde ese espacio que rodea al lugar del sacrificio, ese lugar que se abre como en un claro del bosque de la historia cotidiana y de la otra, de la apócrifa. De estos dos modos de asistencia hay múltiples testimonios. Resaltan como arquetipos el breve texto de David Guest «En las orillas del Ebro» (vol. IV, pág. 363), muerto su autor en el frente en 1938, y Ramón Gaya recoge transparentemente la «simple clarividencia» de un Discurso de Waldo Frank, pronunciado desde México (tiempo después, Waldo Frank vino a España a traernos su fraternal presencia).

Y nos vinimos a encontrar, al fin, en el centro mismo sin envoltura alguna, en ese centro sacrificial que la Historia implacablemente abre al hombre. No fue tampoco buscado. No circulaban por allí víctimas en busca de sacrificio. Llegó inevitablemente por virtud del inicial acto de fe, de entrega sin reserva alguna. Y al ser así, estaba cercenado de raíz el verse, el representarse y el representar. La imagen que más o menos intensa y clara a los hombres suele acompañar —más o menos malfética o benéfica— desaparece en este trance. Ausencia de imagen de sí y de lo que está sucediendo, que crea al par soledad y posibilidad de comunicarse verdaderamente con todos los hombres, en principio, y con todo lo que alienta. Se abrió el ancho presente, el presente hacia el que nos habíamos ido encaminando desde el principio. El tiempo, más que detenerse se abría como si todas sus dimensiones formaran una sola; tal como un punto que recoge toda la inmensidad: un punto tal vez situado en el eje vertical de la espiral del tiempo todo. Al menos así se sentía. Mas aunque no haya de este sentir declaración alguna —que yo conozca— hace falta que el tiempo corra después nuevamente, «normalmente», para descifrar ciertos sentires. De ciertos viajes es sólo a la vuelta cuando se comienza a saber.

Acerca de la luz se supo. Se dijo de la relación de la luz con la sangre: «Toda la sangre de España por una gota de luz», última palabra que en España dio el poeta León Felipe y no en «Hora de España», sino en un diario de gran circulación de Barcelona. Y claro se desprende el sentido de esta ofrenda: la gota de luz sobre esta sangre ofrecida a ella traería el final del derramamiento de sangre. Ya en el exilio, Bergamín, uniéndose a Cervantes, ha repetido: «Un poco de luz y no más sangre». La relación entre sangre y luz sigue siendo la misma, pero esta última hace vislumbrar muy cervantínicamente un cierto Purgatorio.

Había pasado ya la hora del alba. La aurora de la revelación —incompleta siempre— del hombre se veía en la aurora celeste como en un espejo. La aureola de luz pura y naciente sostenida y mermada por el rojo de la sangre que asciende y se derrama a la par y el levantarse de un astro apenas reconocible: el rojizo amoratado Sol del Sacrificio.

Y ya no resulta necesaria la tensión de sostenerse en la libertad según se extinguía la esperanza. Mas la esperanza de ganar la guerra, ¿podía acaso existir? Cuando como tal esperanza o fe se formulaba, era como una envoltura transparente de la esperanza verdadera que no estaba depositada en la victoria de las armas, sino en la existencia de aquel claro en el bosque para que la aurora del hombre asomara. La guerra perdida de un principio sólo servía para dejar una señal en la verdadera historia del hombre mismo. Y el extinguirse la esperanza era tan sólo el aviso del extinguirse del tiempo. El tiempo se nos acababa ya. Y así vino a quedar el amor solo más allá de la esperanza. El punto de la libertad se abrió dejando caer su secreto: era amor también. No había más que amor, sin sombra de esperanza ni angustia de libertad. Y como sucede siempre que el amor trasciende la esperanza, una calma indefinible se extendía, y no sólo en nuestro ánimo, sino en las calles, en las plazas, en toda la ciudad cuyos cañones antiaéreos ya no contestaban, no tenían municiones los que seguía habiendo. Estábamos solos bajo el cielo, con plena aceptación. Mas como todo lo humano arroja su sombra y más todavía cuando la Historia se interpone, de este amor más allá de la esperanza ha caído quizá sobre las generaciones que nos siguen la sombra de la falta de esperanza y del amor en escombros. Y las tentaciones que el espíritu sufre en la sombra: crear el amor perdido, malgastado o, peor aún, verlo como inexistente en su propio vacío. Y ello es lo que tantas veces hemos sentido que habría que rescatar: esa esperanza condensada hoy en violencia, y ese amor ahora irrecognocible a veces. Y como el amor es la esencia del vivir, rebrota, sí, mas sin respiro, hostil al entendimiento. Un rescate que se impone no sólo para España, sino universalmente.

Y en esta calma sin riberas de la derrota cierta se hicieron los últimos números de «Hora de España». ■